

## LA VOZ DE LA TIERRA

—Desde la aparición del hombre sobre la tierra, se me ha hecho la existencia insoportable, decía una vez el viento, sin detener su veloz carrera por el mundo.

—Tú te has vuelto loco, exclamaron las montañas y las colinas, alrededor de las cuales sembraba sin cesar la desolación. En vez de juzgar á los hombres, conténtate con cumplir la misión para que has sido designado.

—Escuchadme, por favor, gimió el viento; por el honor del hombre y por la gloria del universo es por lo que estoy tan triste.

No estaba yo así en los primeros días de la creación. Encantado con vuestra eternal belleza, jugueteaba lleno de alegría alrededor de vosotros, y arrastraba conmigo los suaves perfumes de las peregrinas flores que había deshojado á mi paso. Demasiado sabeis que jamás he faltado á mi deber

de amor y de obediencia, lo mismo cuando ha sido menester para excitar la tempestad ó el huracan, que para arrojar á través del espacio los indolentes vapores, ó para agitar las aguas del Océano. Hoy día, á pesar de mi dolor y mi tristeza, ¿no continúo cumpliendo con mi misión, no sigo arrastrando en mis continuos giros los vapores de los mares tropicales, para conducirlos á las regiones del Norte, en donde se convierten en rocío, en lluvia ó en nieve?

Pero es que hoy día tengo que arrastrar en mi carrera el peso de todas las imposturas y todas las maldades de la humanidad. Desde que esa miserable raza humana ha cubierto la ancha superficie de la tierra, me he puesto triste y no hago más que sufrir. Llevo en mi seno las palabras de los hipócritas y de los malvados, cuando hablando delante de los necios y de los ignoran-



tes, pretenden hablar en nombre de la verdad. ¡Oh! ¡si yo pudiese dejar de arrastrar conmigo los productos de tanta corrupcion!

—¿Y no hay en la vida más que dias de sufrimiento y de amargura,—respondieron los valles y las montañas,—y no eres tambien el mensajero de la felicidad?

¿No escuchas acaso siempre más que imposturas? ¿Es eso tan solamente lo que conduces en tus alas desde un polo al otro polo?

¿Has pesado en una misma balanza las palabras engañadoras del malo, y las de los buenos y de todos aquellos que trabajan para proteger á los débiles y defender los derechos de los oprimidos?

—Pero ¿qué mérito encontráis en las palabras de los buenos, dijo el viento, cuando no hacen otra cosa más que cumplir con su obligacion? ¿Cómo hacer comparacion entre un mérito imaginario y unas faltas verdaderas? Todos los seres obedecen sin murmurar á las leyes de la naturaleza, y tan sólo el hombre es el que se rebela contra ellas. ¿Es acaso que el hombre es superior á los demas seres?

—Tan sólo el hombre razona y piensa, dijo la tierra con una voz dulce, como una suave armonía. De todas las buenas acciones, ¿cuál es la que tiene mayor merito, la que es involuntaria ó la que es dictada por la eleccion de una voluntad libre? De la voluntad de eleccion nace necesariamente la posibilidad de delinquir, y la lucha incesante entre el bien y el mal.

¿Cuánto más valor tiene el que sale triunfante en la lucha, y cuánto más superior es á aquel que sucumbe ó que desoye la voz de su conciencia, al que

obedece, sin combatir, á un instinto del cual no sabe él mismo darse cuenta!

—Sí, suspiró el viento; pero, ¿por qué ha de morir el hombre? Las colinas permanecen inmóviles, las montañas no pueden ser destruidas, y hasta los árboles sobreviven á las generaciones; pero el hombre pasa como una sombra. Nace y se marchita como la hierba, y un soplo borra bien pronto sus huellas.

Los suspiros de los moribundos han sido recogidos por mí durante tantos siglos, mi existencia está envenenada con las amargas agonías, y quisiera poder convertirme en la nada, para no verme entristecido con el constante espectáculo de la muerte.

—Tú hablas como todos aquellos que no ven las cosas más que bajo un punto de vista, dijeron las colinas. ¿Pueden mentir las leyes eternas? Si los suspiros de los moribundos que caen tan tristemente en tu seno, arrancan á su prision deleznable un espíritu mucho más eterno que el tuyo, de una ciencia más sutil que la tuya, ¿por qué entristecerte con el último suspiro de un cuerpo que perece, si al mismo tiempo es la primera aspiracion de un alma inmortal hácia el seno de Dios? ¿Por qué sublevarse contra la muerte, cuando no es más que la aurora de la vida eterna? Las piedras de las tumbas no guardan del hombre más que las cenizas.

—Escuchadme, insistió el viento, y sed justos. No han sido sólo los suspiros de los moribundos los que han hecho nacer en mí ese deseo de reposo. Los lamentos de los vivos que sufren son todavía más tristes. Los suspiros de un justo dolor, los gemidos del sufrimiento, los lamentos del desgracia-



do, los sollozos de la desesperacion, todo, todo, viene á llenarme de pena. Parece que el hombre no ha nacido más que para sufrir, porque en todas partes donde se encuentra, no halla más que la tristeza. ¡Por qué no he de poder ignorar las miserias que no me es permitido remediar!

—Esperad un momento ántes de juzgar, dijo la tierra. ¿No podrán ser los sufrimientos del hombre el justo castigo de sus faltas?

Los males y las penas que sufre, al mismo tiempo que son una necesidad de su constitucion y de su naturaleza inteligente y libre, ¿no son á menudo las consecuencias de sus extravíos?

El hombre es muchas veces castigado sobre la tierra. No temas, pues, arrastrar contigo los gritos de los moribundos, que muchas veces se cambian en cantos de alegría al llegar al cielo, y se mezclan con los cánticos de los ángeles para glorificar á Dios.

—El hombre no dejará de ser por eso el sér más miserable del mundo, puesto que tiene que adquirir su felicidad en el cielo á costa de una existencia llena de dolores.

—Eres injusto, dijo la tierra; recuerda el mal, pero te olvidas del bien.

¿Cómo se podría apreciar la alegría si se ignorara lo que es el dolor?

¿Cómo nos alegraríamos cuando derramas sobre mí una suave frescura, ó cuando agitas ligeramente las hojas de los árboles, si no conociéramos tu impetuosidad y tu violencia, que arranca á veces las encinas centenarias?

Al lado de los sufrimientos del hombre, hay tambien alegrías. Cuéntalas tambien y no las olvides; cuéntalas mientras que flotan dulcemente sobre

tus alas en noches tranquilas y apacibles cuando pasas dulcemente sobre séres entregados al más apacible sueño. Cuenta las risas inocentes de la turbulenta infancia, los goces íntimos de la familia, las empresas llevadas á feliz término del comerciante, del trabajador, del inventor, del artista, del sabio; cuenta las estrellas, si quieres, que ellas son ménos numerosas que las alegrías que el hombre disfruta diariamente en el mundo.

—¡Inocente tierra, en la cual la gloria del Criador es visible para todos, escúchame todavía! dijo el viento. Olvidaba lo peor: las horribles palabras del maldiciente, las mentiras del falso, los desvaríos de los insensatos; en fin, esa guerra de palabras que sostienen perpetuamente las naciones y los ciudadanos de una misma patria, y cuya consecuencia son los más terribles conflictos, las más sangrientas batallas. Olvidaba, en fin, ese noble don de la palabra, apartado sin cesar de su objeto verdadero por los impostores.

—Ya te he dicho, exclamó la tierra indignada, que el malo es tambien castigado sobre la tierra. Por muy indiferente que pueda parecer á la voz de su conciencia, no por eso deja ésta de recordarle y representarle sin cesar sus crímenes y sus faltas. Pesa, pues, el bien y el mal, y acepta y cumple con paciencia tu mision.

—Sí, interrumpió el viento; pero si viene el tiempo en que todo se vea transformado, en que el vicio tolerado hoy, triunfe, y la maldad reine por todas partes, sin que un solo hombre se alce en contra de ella, espero que consentirás en reconocer entónces la justicia de mis lamentos, y me ayudarás á morir en paz. Prométeme eso, y



aceptaré hasta ese día mi misión, sin murmurar de mi suerte.

La tierra reflexionó y después hizo la promesa que deseaba el viento, el cual continuó después su carrera.

—Ese tiempo no puede llegar nunca, pensó la tierra; y tenía razón: el mal no podrá jamás dominar al bien.

Las naciones pueden pervertirse por algún tiempo; pero el bien tendrá siempre su refugio, su reino en el corazón del justo. Allí, en ese sagrado santuario, nadie podrá destruirlo jamás. La verdad, por muy escondida que se halle, será siempre la reina del mundo.

No imitemos, pues, al viento; no

juzguemos demasiado ligeramente las cosas, ni nos acostumbremos a mirarlas tan sólo bajo un punto de vista. Además, ¿quién podrá afirmar que su censura es justa? ¿Quién podrá creerse más impecable que su hermano?

Sigamos la senda de la caridad que nos ha mostrado la tierra en su respuesta al desalentado viento; solamente Dios, que todo lo ve, puede saber la verdad y juzgar desde el cielo a los hombres y a las cosas. ¿Por qué hemos de condenar al mundo entero por las faltas de una parte de los que le habitan?

P. J. STHAL.

## A LA HERMOSA NIÑA

DOÑA JIMENA CABALLERO DE TRES-PALACIOS

Encanto de mis ojos,  
hermosa niña,  
¿qué quieres en mis versos  
que yo te diga,  
si que eres bella  
te lo dirán á voces  
cuantos te vean?

Baldado me encontraba  
cuatro años antes  
que á este mundo de horrores  
pura bajases;  
baldado sigo,  
y sólo con tus besos  
encuentro alivio,

¡Cuánto siento ser viejo!  
si no lo fuera,  
tal vez esperaría  
que me quisieras;

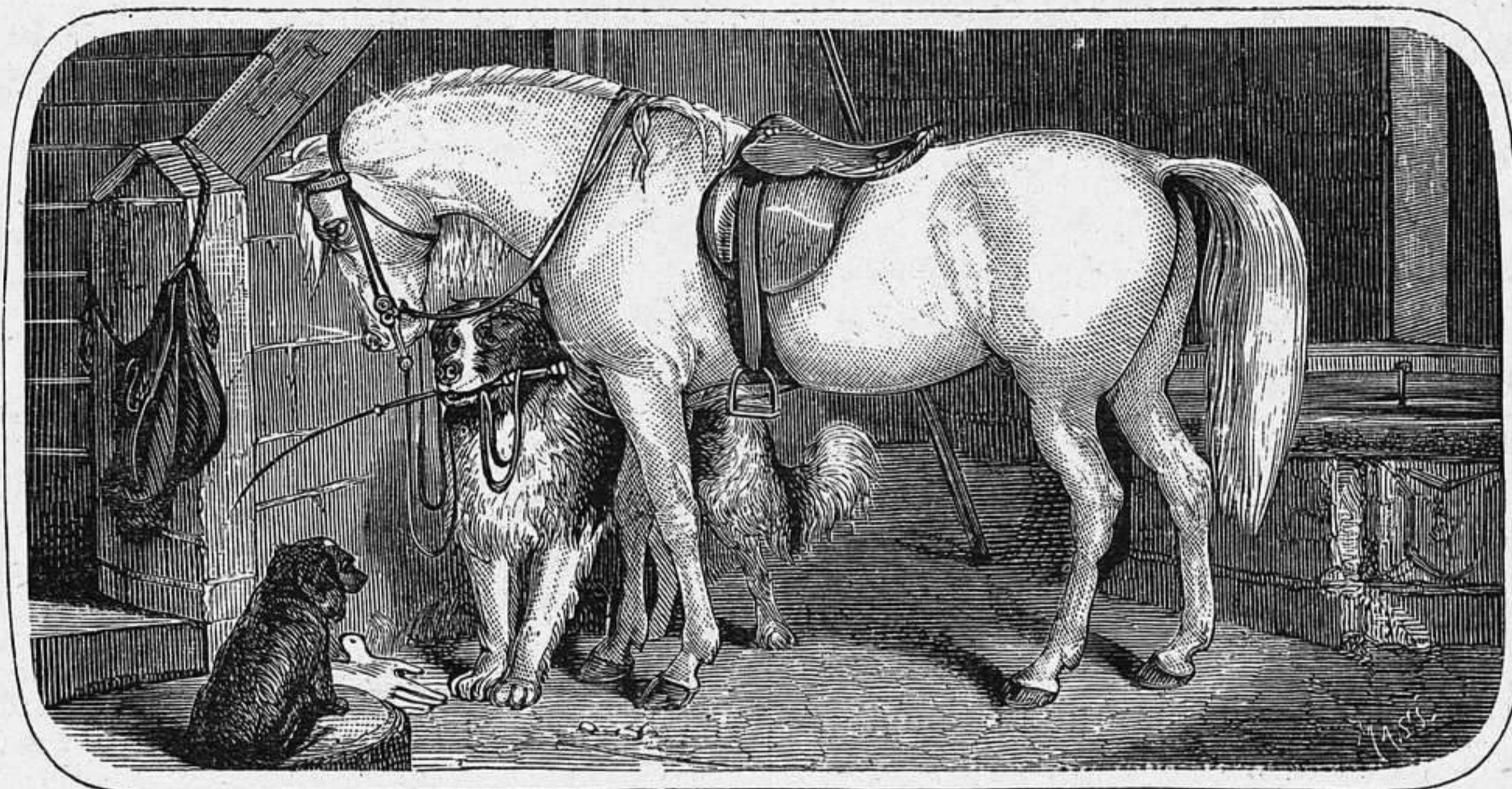
¡mas la distancia  
de casi treinta años  
que nos separa!...

Acércate, hija mía,  
que yo te vea,  
hechizo de mi alma,  
dulce Jimena...  
Mil y mil veces  
bendita tu sonrisa  
que me enloquece.

Bendita seas, niña,  
y quiera el cielo  
darte todas las dichas  
que yo deseo:  
pobre y baldado,  
si algo valen mis votos,  
por tí los hago.

NARCISO SERRA.





## DEBERES PARA CON LOS ANIMALES

Me he permitido algunas veces desarmar las bellas páginas de LOS NIÑOS publicando en ellas fragmentos de un libro de educación, ó más bien de una colección de libritos que daré á la estampa cuando Dios fuere servido.

Al mostrar á los tiernos seres para quienes esta Revista se escribe algunos de los deberes morales y sociales que deben practicar en el curso de esta vida transitoria, nada he dicho de nuevo ni lo he dicho mejor que tantos otros que me precedieron en este fácil camino; pero he creído que el repetir muchas veces los preceptos que al bien conducen, no daña, ántes al contrario, es provechoso, como provechoso es que no se apague la luz que guía en un lugar oscuro.

Tal vez muchos de vosotros, niños míos, llegareis á leer ó estudiar en mi libro; por eso y por no abusar más de

la condescendencia de los que tan discretamente dirigen y colaboran aquí, variaré en lo sucesivo de asunto, dando hoy de mano al de los deberes en abstracto con los que tenemos para con esos seres que nos rodean, y que se llaman animales irracionales ó simplemente animales, que ellos también deben atraer nuestras miradas, y también para con ellos tenemos obligaciones que cumplir.

Quiso el Altísimo que al hombre estuviesen sometidos todos los irracionales. Cuando no los somete con su fuerza, los somete con su inteligencia, sin que se sustraigan á este dominio ni las fieras de los bosques y los desiertos, ni los monstruos de los mares.

Una gran parte de los animales nos son utilísimos; tanto que sin ellos la vida sería harto más trabajosa de lo que es, y habría que cambiar todas sus



condiciones. Los primeros en utilidad son las bestias de carga y de labranza. A todas es preciso cuidar con particular esmero, tanto por bondad, como por interes propio, y no castigarlas duramente y con ira.

Muchos animales hay que nos sirven de alimento. A estos, aún cuando forzosamente hay que darles muerte, se debe hacer sin atormentarlos de una manera tan inútil como cruel. Jamás por un inconcebible y brutal placer se debe matar á un animal, y mucho ménos hacerle daño. Mátese en hora buena, además de los que nos sustentan, á los dañinos y perjudiciales, como son las fieras, los reptiles y los insectos molestos; pero aún á estos debe procurarse evitarles sufrimientos. Los que se complacen en mortificar á los animales, no tienen buen corazón y están muy expuestos á dañar á sus semejantes. Con mucho más motivo se debe evitar la crueldad con aquellos con quienes compartimos las penalidades de la vida, ó que en nuestras casas nos hacen fiel y agradable compañía.

La mayor parte de los animales domésticos conocen á sus amos y la mano que los alimenta, se muestran agradecidos al bien que se les hace; su instinto á veces salva una casa, ó una familia, ó un individuo, produciendo otros bienes, cuyas relaciones se escuchan con frecuencia en las conversaciones del hogar. Dañar á estos seres es perversidad y es cobardía.

Pero de la misma manera que es faltar á un deber de conmiseración el golpear y maltratar á los animales sin razón y sin motivo, es también altamente reprehensible prodigar á esas criatu-

ras irracionales el cariño ciego y desatentado que muchas gentes les prodigan, hasta el punto de anteponerlas á las criaturas racionales. Esta es una perversión del buen gusto, y, lo que es peor, del sentimiento moral: á veces raya en un repugnante *zoomorfismo*, y frecuentemente en ridiculez. A las bestias se las cuida, se las mantiene, y se las estima hasta límites prudentes; mas es impío hacer con ellas demostraciones de una ternura asquerosa y grosera.

En conclusión, faltamos á los deberes de caridad para con el prójimo alimentando y sosteniendo más allá de lo razonable animales inútiles por vana ostentación, por grotescas aficiones, ó por cualquiera otra causa. El pan que se les da es una completa defraudación que se hace al pobre. Así, mientras que muchos de nuestros hermanos perecen de necesidad, mientras que jornaleros sin trabajo, doncellas huérfanas postradas por la enfermedad, tiernos niños abandonados, míseros ancianos que no pueden ganarse el sustento, ostentan ú ocultan sus miserias, hay animales regalados de mejor condición en el mundo que seres dotados de un alma inmortal.

Esta sencilla consideración debe obligarnos á no mantener más animales que los indispensables, destinando nuestro superfluo, ya que no más, al socorro de nuestros hermanos los pobres.

Yo creo, niños y niñas que leáis estos consejos, que se grabarán en vuestros tiernos corazones. Por vuestro bien moral se han escrito. ¡Dios quiera que fructifiquen!

M. CABALLERO DE RODAS.

(De un libro inédito de educación.)



## FRAGMENTOS MORALES (1)

## XVII

Con trémula marcha, difícil é incierta  
la dicha se busca y hallarla se cree...

Y el hombre despierta  
y ensueño liviano conoce que fué.  
¿Qué sitio,—pregunta,—de tanto misterio  
oculta del hombre la dicha fugaz?

Y ve el cementerio,  
lugar de descanso, de dicha y de paz.

## XVIII

En el camino de la vida humana  
tan tarda en caminar es la pereza,  
que escuálida y anciana  
alcánzala muy pronto la pobreza.

## XIX

—Quiero, el hombre exclamó, que el pen-  
que me anima y me alienta, samiento)  
no muera con mi vida en un momento.—

Y fué un hecho la imprenta.

—Quiero salir de mis humildes lares,  
quiero admirar lejanos horizontes...—  
Y el potente vapor surcó los mares,  
cruzó llanuras, taladrando montes.

—A todo cuerpo por su peso grave  
el destino á la tierra le encadena:  
quiero surcar los aires como el ave.—  
Y logró el globo su ascension serena.

Entónces orgulloso,  
cegado por los triunfos de su ciencia,

(1) Véanse los tomos quinto y sexto.

—El hombre, dijo, es todopoderoso:  
es divina su esencia.—  
E ingrato con su Dios júzgase fuerte  
y al Creador olvida,  
hasta que nota terminar su vida,  
hasta que llega el punto de su muer e.  
Humanidad mezquina y miserable,  
que inventando teorías,  
á cual más orgullosa y deleznable  
ves sucederse dias y más dias;  
no más palabras vanas,  
tu pequeñez confiesa,  
que tus fuerzas humanas  
débiles son para tan alta empresa:  
hunde en el polvo la soberbia frente,  
que tan sólo hay un Dios Omnipotente.

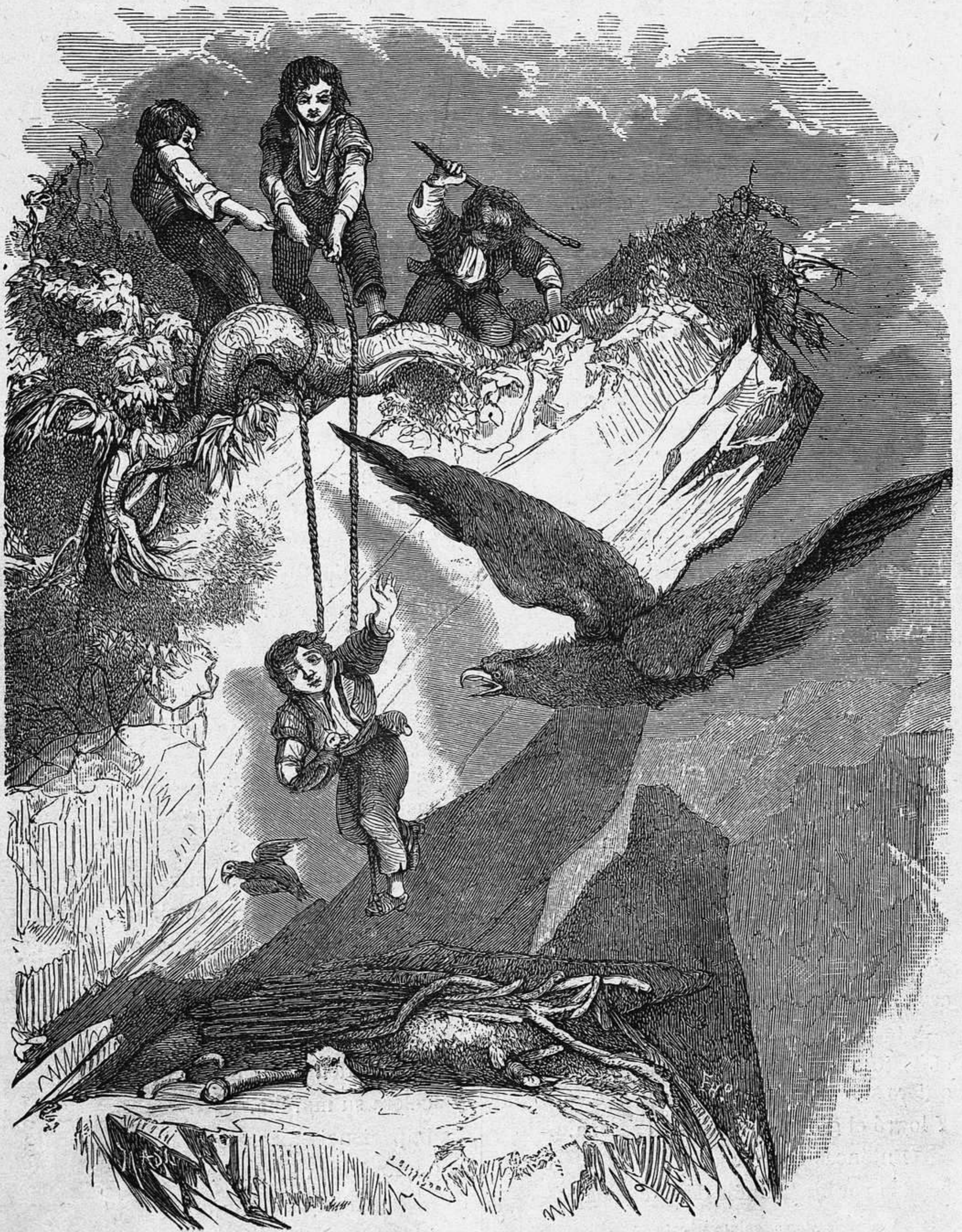
## XX

Llena de flores y de luz y aromas  
mira el niño una mágica montaña,  
y ansioso la pendiente va subiendo  
radiante de esperanzas.  
Camina en un principio entre sonrisas,  
llega á su cima con segura planta,  
y empieza á descender al valle opuesto,  
sin poderse parar en la jornada.  
Volver es imposible; en el descenso  
nuevas fuerzas cobrar, empresa es vana.  
que la pendiente impulsa al movimiento  
y acelera su marcha.  
La impaciencia hizo pronta la subida,  
la cuesta hace más pronta la bajada...  
El hombre es el viajero:  
su vida la montaña.

M. OSSORIO Y BERNARD.



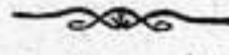




TRAGEDIAS INFANTILES



## TRAGEDIAS INFANTILES



Tienen las estampas, entre otras ventajas inapreciables, que poco á poco irán conociendo los tiernos lectores de nuestra publicacion, la de suplir con sus elocuentes representaciones, todo lo que la pluma no puede expresar. La narracion del escritor, si es breve, no caracteriza bastante; si es larga, llega á fatigar la atencion de los lectores; y tanto en uno como en otro caso suele dejar incompleta la pintura que se propuso trazar. El dibujo y el grabado solicitan en cambio con sus encantos la atencion de quien los contempla, se apoderan de su inteligencia, y expresan, sin el auxilio de la palabra, todo cuanto se han propuesto.

Hoy ofrecemos á nuestros constantes favorecedores una prueba de nuestras anteriores afirmaciones. El grabado con que encabezamos estas líneas es una tragedia completísima y que nos evita escribir un artículo especial. El imprudente muchacho que, auxiliado por otros, ha tenido la osadía de bajar hasta el nido del aguila para arrebatársela sus hijuelos y que es sorprendido por la madre, se encuentra en una situacion tan comprometida, que dudo mucho salga de ella con bien. Sus compañeros, aunque aterrorizados por

el peligro, tienen aún el valor suficiente para tirar de la cuerda á que ataron á su amigo, y el furioso animal se precipita sobre su presa, cortando el aire con sus terribles alas.

¿Cuál será el resultado final de tan peligroso trance?

Esto es lo que no dice el dibujante: esto es lo que tampoco podremos decir nosotros sin peligro de equivocarnos. Sin embargo, el atrevido muchacho ha dejado caer á uno de los pájaros, y acaso el águila se lance á recogerlo, dando tiempo á los otros chicuelos para que suban á su amigo á la plataforma; acaso algun experto cazador, testigo de aquella escena, disparará su escopeta y dará muerte al terrible animal.

Si nada de esto se realiza, la muerte del muchacho es inevitable, en castigo de su imprudencia y de haber olvidado que hasta las fieras redoblan su crueldad cuando ven en peligro á sus hijos.

Que vuestra juvenil imaginacion supla el desenlace de la escena que os ofrecemos en este número de Los Niños; pero dejando únicamente á la Providencia la mision de salvar al héroe de la tragedia, para el que no encontramos remedio alguno en lo humano.





## LAS METAMORFÓISIS DE UN REY

### CUENTO

#### I

Hemos nacido, queridos lectores, en una época verdaderamente prosáica y monótona. La naturaleza no acostumbra ya á salir de sus leyes inmortales, ni las quebranta para hacernos ver los prodigios que de vez en cuando presenciaban los pasados siglos. En nuestros tiempos no tiene lugar ni siquiera un triste encantamiento, ni tropezamos con una princesa transformada en golondrina, ni hay magos, ni se encuentra un miserable duende por un ojo de la cara, cosas que á cada paso se topaban no hace muchos siglos. Bien considerado, esta es una desgracia; pero no tenemos más remedio que tomar los tiempos conforme vienen y contentarnos con las memorias que nos legaron las edades lejanas.

Por ejemplo, la historia que voy á relataros parecería inverosímil en nuestro siglo de velocípedos y telégrafos eléctricos, y de seguro habrá incrédulos que la tomen por una fábula. Sin embargo, no es ménos cierta que otras tantas que se refieren, y bajo la fé de un libro antiguo en donde la he leído, el cual no me dejará mentir, puedo aseguráros que todo pasó lo mismo que voy á contar, ni es posible que el autor que lo escribió, que me parece hombre formal, aunque no me cabe el honor de haberle tratado, se propusiera abusar de la buena fé de sus lectores.

No refiere el autor, y á fé que lo sien-

to, en qué año pasó esto; pero yo, esclavo de la verdad, no he de inventarlo para suplir su omision. En aquel mismo año, pues, vivia, no sé si en Asia ó en Europa, un príncipe harto desgraciado, que por cierto no merecia serlo, pues era un hombre sumamente instruido y muy versado en las ciencias. Era en fin aquel rey un filósofo en toda la extension de la palabra, pues si bien no era experto en manejar un caballo ni en jugar diestramente una lanza, ni muy experimentado en aquello de dirigir una arenga conmovedora á sus soldados ántes de conducirlos á una batalla ó al asalto de una fortaleza, por lo demas era sumamente hábil en resolver una ecuacion algebraica, en explicar y pronosticar un eclipse de luna, en descifrar una inscripcion egipcia ó caldea, y en otros muchos conocimientos no menos útiles. Tan versado estaba él en los recursos maravillosos de la dialéctica, que formulaba un epiquerema con la misma facilidad con que pudiera beberse un vaso de agua. Era un lince en aquello de conocer las virtudes medicinales de todas las hierbas, y, más aún, tenia sus puntas de alquimista, y habia ensayado en retortas y alambiques algunos experimentos para buscar la piedra filosofal y fabricar el oro. En fin, con decir que era un sabio está dicho todo.

Parecia natural que siendo un pozo de ciencia hubiera sido un príncipe afortunado, y que le idolatrasen sus



vasallos, orgullosos de tener un monarca tan instruido. Pues todo menos eso: apenas el rey su padre bajó al sepulcro... (digo mal, lo bajaron) y el príncipe Claudino, que así se llamaba nuestro héroe, subió las gradas del trono, cuando comenzó á surgir en torno suyo un general descontento formado por los magnates de su corte, que siendo más ignorantes se manifestaban muy ofendidos de ver que el rey demostraba su predilección por los hombres de letras, con detrimento de las costumbres de la aristocracia, que, en aquella época, brillaba desde luego por su distinguida ignorancia.

Para mayor desdicha suya, el rey Claudino tenía un hermano dos años más joven que él, educado en la escuela de la guerra, muy diestro en las armas, y de carácter arisco y turbulento. Llamábase Mauricio, y era el ídolo de los jefes militares y de los orgullosos magnates, con quienes alternaba en la caza, en los torneos y en los saraos. El tal príncipe, ambicioso en extremo, se dedicó á conspirar en unión de muchos grandes del reino, á quienes Claudino negaba los principales puestos del Estado; y tal maña se dieron unos y otros, que promovieron una insurrección militar, al frente de la cual se puso el príncipe Mauricio, aclamado á la vez por aquella parte del populacho que siempre se halla dispuesta á figurar en todo género de motines.

Aturdido el rey Claudino, viendo por todas partes enemigos y careciendo de los elementos y del valor necesario para oponer una enérgica resistencia, abandonó en una noche de tumulto su palacio y su corte, y acompañado sólo de algunos de los servidores, traspasó

la frontera y se acogió al territorio de un rey, su vecino, con el cual conservaba buenas relaciones. No deseaban otra cosa los conjurados, que, reuniéndose en la corte de una manera tumultuaria, declararon depuesto al sabio monarca, y aclamaron por soberano al príncipe Mauricio. Claudino que lo supo, escribió á su hermano declarándole que de buena voluntad abdicaba en su favor la corona de su padre, y después que lo hubo firmado, pareció que se le quitaba un grave peso de encima del corazón.

Amistosamente le reprendió el rey, su amigo, aquella prueba de debilidad, y hasta le ofreció reunir un poderoso ejército y marchar con él para hacerle recuperar el trono que tan injustamente se le había usurpado. La guerra, según le decía, no podía ser muy larga; pues todo estaba reducido á quemar cuatro ciudades, ganar unas cuantas batallas y decapitar á los promovedores de la conspiración, cuando hubieran caído en sus manos, lo cual no habría dejado de suceder si la fortuna no le era adversa. Claudino manifestó resueltamente que no quería fomentar en su patria la guerra y el exterminio, y se resignó á vivir lejos del esplendor del trono. Aceptó únicamente la generosa hospitalidad que le ofreció su aliado, poniendo á su disposición una preciosa quinta en medio de un magnífico parque, y allí se propuso esperar el mensaje de su hermano, que, conmovido sin duda por su noble proceder, habría de ofrecerle en su propio reino una existencia independiente y una residencia digna de su regia estirpe.

P. D. MONTES.

(Se continuará.)





## A LA VIRGEN

### CANTO MATUTINO

Mientras la aurora con rosados tintes  
 Baña las nubes que al Oriente vagan;  
 Nubes que arrolla con su leve soplo  
 Céfiro blando:

Mientras exhalan sus aromas puros  
 Flores que guardan de la noche el lloro;  
 Lloro que ostentan convertido en perlas  
 Trémulas hojas:

Mientras preludian jubilosos himnos  
 Coros volubles de pintadas aves,  
 Trisca el rebaño, y hasta el toro fiero  
 Brama de gozo:

Mientras se riza al matinal aliento,  
 —Ovas ligeras sacudiendo— el río,  
 Discos formando con raudal sonoro  
 Límpida fuente:

Mientras que todo en la natura inmensa  
 Vida y belleza de la luz recibe,  
 Tú ¡luz del alma, de la gracia aurora!  
 Séme propicia.

¡Sones, albores, y perfumes y auras,  
 Forman concerto de sublime aplauso...  
 Todos te aclaman del Autor del día  
 Madre gloriosa!

Deja que en tanto que el empiéreo absorto,  
 Dicha contempla y majestad tan alta,  
 Tímido el labio del mortal, tu nombre  
 Grato bendiga.

Grato bendiga, y á su influjo santo  
 Huyan del alma tenebrosas dudas,  
 Como las sombras de la noche fría  
 Huyen del alba.



Deja que en tanto que triunfante y leda,  
Ella alborozada é ilumina al mundo,  
Yo entre sus luces y cambiantes bellos  
Mire tu imágen.

Mire tu imágen, y mi lira humilde  
—Como las flores sus aromas leves—  
Brote, en obsequio á tu beldad divina,  
Fáciles ecos.

Ecos que ensalcen tu sin par destino,  
Para que entienda el Universo que eres  
Reina del cielo, y en la tierra triste  
Madre del pobre.

Pobre de gracia y de ventura, llamo  
Como mendigo, á tu sagrada puerta...

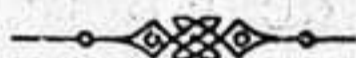
Oyeme ¡oh Vírgen! que de amor en alas  
Vuela mi ruego.

Vuela mi ruego, y endulzando al pecho  
Plácido el nombre—que doquier invoco—  
Ecos del monte, del vergel y el valle,  
Vuelven ¡*María!*

Vuelven ¡*María!* y sin cesar ni tregua  
Torna - ¡*María!*— á pronunciar despacio...  
Siempre—¡*María!*—y cada vez más dulce  
Suenan ese nombre!

Pueda asociarse á mi último suspiro...  
Pueda ser ¡cielos! mi postrer acento...  
¡Láncese mi alma, en su armonía envuelta,  
Fuera del mundo!

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.



## EL BAILE NO ME GUSTA Á MÍ

POR MADAME GIRARDIN

(Continuacion)

Pero entónces le pedian el segundo baile, y si no el tercero; en fin, que no habia modo de escusarse.

Habia bailado ya doce ó catorce contradanzas, y tenia otras tantas en perspectiva. Desde el medio dia estaba bailando, lo cual le parecia ya un poco duro, pero todos la encontraban tan bonita bailando, que era imposible rehusar.

La vanidad no perdona; necesita triunfos y más triunfos, aunque estos nos maten.

Las dos contradanzas que siguieron no fueron tan difíciles. Amparo no tuvo que esforzarse tanto para bailar.

La cuarta fué ménos agradable. Tenia por pareja á un jóven muy bajo y muy grueso, que se echaba aire de cuando en cuando con su pañuelo para refrescarse un poco.

—¿Os gustamuchó el baile? señorita, dijo con voz entrecortada, á mí tambien, añadió sin esperar la respuesta; pero aquí se baila demasiado deprisa, y eso cansa mucho. En mi país se baila con más calma, y os aseguro que es mucho más cómodo. No he bailado esta noche más que cuatro contradanzas, y confieso que estoy fatigado.

Estas palabras recordaron á Amparo que ella debia estar cansada, y empezó



á sentir que le abandonaba el valor.

Su quinta pareja era un hombre de cierta edad, seco y triste, que sudaba más bien que bailaba, y que más parecía que cumplía con un deber, y cuyo aire resignado parecía querer decir:

—Preciso es bailar con la hija de la casa, puesto que he venido al baile.

Sin duda creyó estar obligado á dirigirle algunas palabras de galantería.

—¿Os gusta mucho el baile? señorita, preguntó á Amparo.

—Mucho, caballero, contestó aquella volviendo el rostro para otro lado.

Su pareja no volvió á dirigirle la palabra.

Su sexta pareja era un alemán, que le dijo:

—¿Gustar V. mucho de bailar? señorita.

La séptima era un italiano, que le dijo:

—¿Gustar V. mucho del baile? signorina.

La octava fué un inglés, que le dijo también, pero muy de prisa:

—¿Gustar á V. dansar?

Y Amparo se preguntaba por qué todos aquellos hombres, españoles, alemanes, italianos é ingleses, decían todos lo mismo.

Y en verdad, ¿qué le habrían de decir á una niña de doce años?

Con una jóven se puede hablar de literatura, de música, de pintura, de las personas conocidas; pero ¿qué se le ha de decir á una niña?

Como no se le hable de sus juguetes, no se sabe de qué hablar con ella.

#### IV

Amparo empezó á disgustarse del baile á medida que empezaron á dejar

de admirarla los convidados; le parecían ménos amables, y casi empezaba á echar de ménos á sus primitos y amigos, que solían decir algunas cosas que hacían morir de risa.

Rendida por el cansancio, se aburría, y buscaba un medio para retirarse, cuando un amigo de su padre, un coronel de cuarenta y cinco ó cincuenta años, se acercó á ella, y exclamó:

—¡Al fin te encuentro, mi preciosa Amparito! ¡Qué alta estás! Voy ha hacer una cosa extraordinaria en tu favor; voy á bailar contigo: quince años hace que no bailo.

Vamos, ya oigo la orquesta, no hay momento que perder.

Amparo no tuvo más remedio que seguirle; pero no tenía tantos deseos como su pareja de bailar.

La pobre niña no quería, sin embargo, excusarse con el antiguo amigo de su padre, que sabía que siempre la había amado con la mayor ternura; así es, que aunque se sentía muy fatigada, el deseo de dar gusto á un buen amigo, la sostuvo todavía, como ántes lo había hecho la vanidad, y tuvo otra vez bastante valor para volver á bailar.

Sin embargo, aquella contradanza fué un suplicio, porque su veterana pareja, aprovechando la familiaridad que tenía como antiguo amigo de la casa, no dejaba á Amparo ni un momento de reposo; no perdonaba ni una figura, orgulloso con recordarlas. Bailaba con toda su voluntad, y se había quitado los anteojos verdes para parecer más jóven. Amparo estaba ya tan aturdida, que no sabía lo que le pasaba.

Su padre, al verla de aquel modo, tuvo compasión de ella.

—Ya es la una, hija mia, la dijo, y creo que debes acostarte, porque me



parece que estás un poco fatigada.

Pero Amparo, que veía que su padre se sonreía al pronunciar estas palabras, contestó con viveza:

—No, padre mio, nada de eso; espero, por el contrario, bailar toda la noche.

Entonces el padre de Amparo, para darle un momento de reposo, dijo á los músicos que tocaran un wals, porque Amparo no lo sabía bailar, y tendría por precision que descansar un rato.

Ella, por su parte, esperaba que los convidados la olvidaran, ó que muchos de ellos se irían para acompañar á sus familias; pues ya algunas personas habían abandonado el baile. Cada vez que se iba alguna persona, la veía partir con envidia.

—¡Qué dichosa es esa, pensaba, esa va á descansar!

Cada vez que despedía á alguna señora, prolongaba todo lo que podía la despedida, procurando por este medio que se empezara el baile, y poder excusarse de bailar, aunque no fuera más que una vez; pero por más que hacía, la perseguían hasta la antecámara, y la hacían ocupar su sitio en el salón.

Aquella música continuada, unida á la fatiga que sentía, empezaba á aturdirle, veía dar vueltas á su alrededor á todos los objetos, y su mirada adquiría cierta vaguedad.

El sueño, aunque hacía por dominarlo, cerraba sus párpados, y no sabía ya en dónde se encontraba. Aquel eterno bailar le parecía una horrible pesadilla, á la cual no podía sustraerse. Le parecía que se ahogaba. En sus oídos resonaban sin cesar las palabras:

—¡A sus puestos, parejas!

—¡Cadena!

—¡Balancé!

—¡La mano derecha!

Muchas veces quiso refugiarse en un diván que había en un precioso gabinete, al fin de los vastos salones, á ver si podía descansar algunos instantes. Pero bien pronto era interrumpida en su corto reposo por aquellas palabras terribles:

—Señorita, el baile va á empezar. ¿Quiere V. hacerme el honor de ser mi pareja?

Algunas veces iba á buscar Amparo á su padre, que jugaba en otro salón al tresillo, y con aire risueño le preguntaba:

—¿Tiene V. fortuna esta noche?

—Sí, hija mia, le respondía su padre; pero, ¿cómo no te has acostado todavía?

—¡Oh! me divierto mucho, y no estoy cansada.

Y entonces venían á buscarla para conducirla de nuevo al salón de baile, y volvía á escuchar las terribles palabras:

—¡Cadena!

—¡Balancé!

—¡La mano derecha!

## V

Eran las cuatro de la mañana; y como era la primavera, empezaba á amanecer.

Una ventana estaba abierta en uno de los grandes y ya casi desiertos salones. Amparo fué á sentarse sobre un diván que se hallaba delante de la ventana, y miró con tristeza á la calle.

—Las doce del día eran, murmuró, cuando ha empezado el baile de los niños; toda la noche ha pasado, ha lucido de nuevo el día, y todavía estoy bailando.

Pero entonces se acordó de que había



dicho que bailaria tres dias seguidos sin cansarse, y comprendió lo ridícula que habia sido su jactancia.

Sin embargo, como el baile iba ya á concluir, quiso dar una prueba de su valor, y esperar á que todo el mundo se hubiera ido.

—Cuando no haya nadie y los mú-

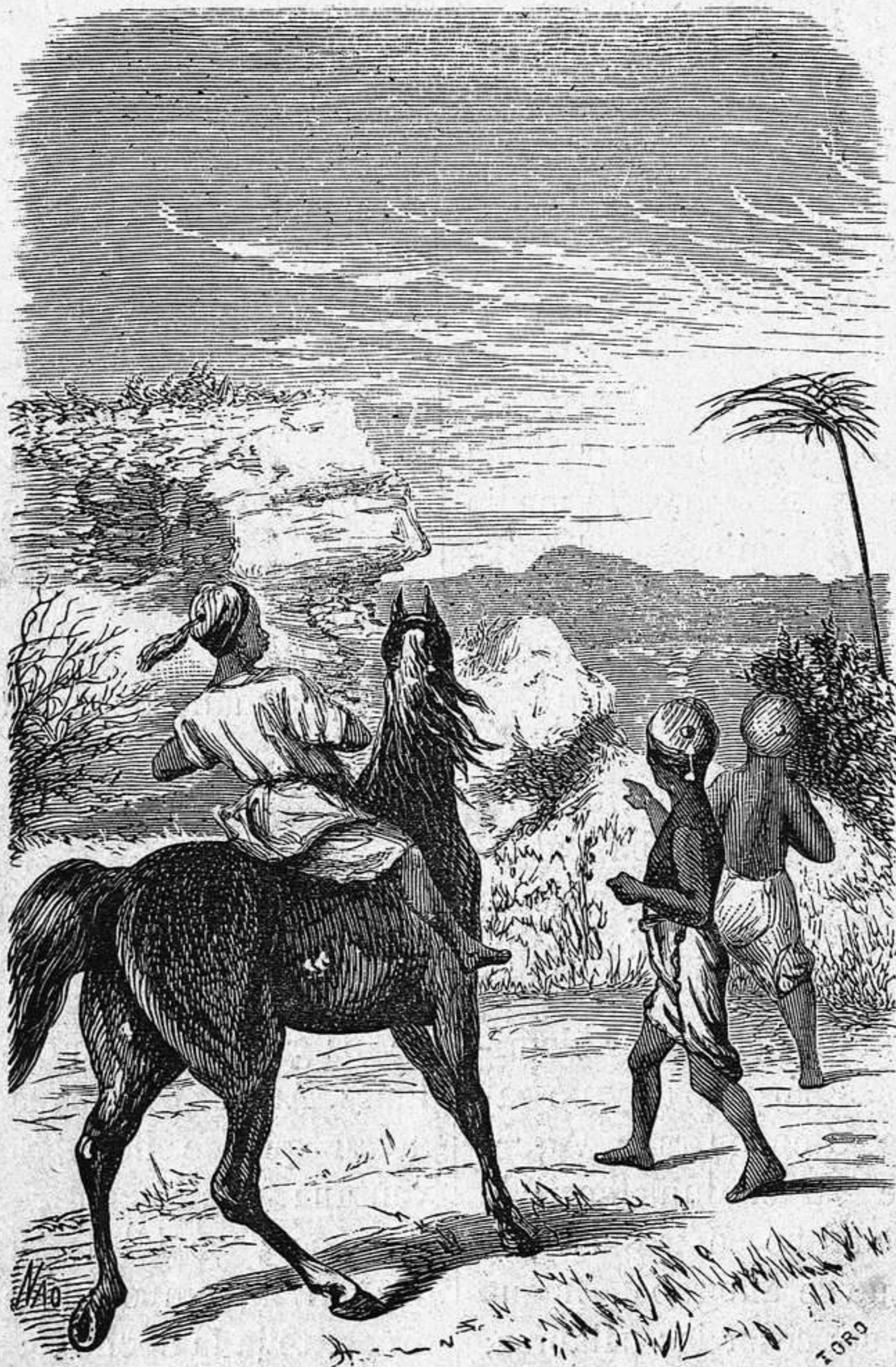
sicos se hayan marchado, pensó Amparo, ya no tendré que bailar.

—¿Y quién te obliga á bailar, sino el orgullo?

Esto la habria yo dicho si me hubiera encontrado allí; pero, por desgracia, no me habian invitado, y no pude hacerlo.

*(Se concluirá.)*

## TIPOS DE NIÑOS DE DIVERSOS PAÍSES



Niños talibas de la tribu del morabito Ali-Hadji, en las inmediaciones del Senegal.